

## Siempre hay riesgos...

---

### There are always risks...

---

Realmente es una fortuna vivir el tiempo de hoy... El crecimiento de la dermatología en las últimas décadas ha sido apasionante.

El avance del conocimiento, sumado al desarrollo de las comunicaciones, nos permite descubrir mecanismos fisiopatogénicos hasta hace poco desconocidos. Bucear en las bibliografías u obtener actualizaciones solían ser tareas que, en el pasado, demandaban muchas horas de permanencia en la biblioteca.

Otro tanto ocurría para confirmar un diagnóstico. Sin embargo, hoy somos millonarios en recursos: las técnicas moleculares e histoquímicas y las aparatologías cada vez más sofisticadas nos posibilitan acercarnos a la patología con niveles de certeza a veces asombrosos.

Las distancias se acortan cada vez más con las nuevas herramientas de informática: enseñar, aprender y hasta hacer consultas se ven facilitados con estos medios.

En las recorridas de sala, como en los ateneos, vemos a nuestros jóvenes consultar en Google y rápidamente encontrar diagnósticos diferenciales, algoritmos, alternativas terapéuticas.

Todo se convierte en una maravillosa vorágine facilitadora en la que los médicos, los pacientes e, incluso, los docentes quedan envueltos. Pero, como todo en la vida, siempre hay riesgos...

El médico, inmerso en esa "cultura de lo fácil" y de lo inmediato, puede verse tentado a derivar, más que a atender. Es curioso cómo pacientes complejos que tienen muy buenas obras sociales acuden, cada vez con mayor frecuencia, al hospital público derivados de consultorios particulares.

O bien, en el apuro por rotular con un diagnóstico, se pierde la hermosa costumbre de "ver" en lugar de "mirar", y así, decodificar las perlas semiológicas que, como un tesoro escondido, pueden guiar hacia el diagnóstico correcto.

Otras veces, el entusiasmo por un metanálisis o el cumplimiento riguroso de un protocolo o algoritmo impulsan al joven a engrosar el número de una casuística, lo distancian del paciente, lo despersonalizan, lo llevan a olvidar a "esa persona que tiene cara, nombre y apellido" y que, seguramente, viene acompañada de un sinnúmero de particularidades o comorbilidades que podrían condicionar, hacer desistir o postergar algún procedimiento o terapéutica novedosa.

Un sabio maestro dermatólogo solía decir, enfrentado a nuestra impetuosa inexperiencia: "Lo excelente puede ser enemigo de lo bueno".

¿Cuál será, entonces, el rol del docente en este universo de modernidad?

Sin duda, ser un puente entre lo clásico y lo innovador. Aportar una mirada integradora, pero a la vez crítica, frente al avance del conocimiento de la especialidad. Ser una guía que reubique a esa "persona/paciente" en el centro de nuestra atención. Y, por sobre todo, ser un estímulo que motive al joven médico a mantener el compromiso y la pasión por su quehacer profesional.

Dra. Liliana M. Olivares  
Directora Asociada, Dermatología Argentina